

## Léon Dufour y la transmutación del 'cagajón' en oro

Pierre Moret<sup>1</sup>

<sup>1</sup> 63 chemin des Sept-Deniers; F-31200 Toulouse (FRANCIA).

La afición a los insectos es una enfermedad, y en muchos casos una enfermedad incurable, a pesar de los continuos avances de la ciencia. Esto, en los albores del siglo XXI, constituye una inexplicable anomalía. Lógicamente, las investigaciones de cariotipos, los cálculos de biomasa y el cladismo (sobre todo el cladismo) deberían haber quitado definitivamente a cualquier persona normalmente constituida las ganas de salir al campo con redes, pinzas y frascos de plástico. Pero no es así: seguimos saliendo. Los síntomas exteriores de esta inocente pero poderosa adicción siempre han despertado sonrisas, e inspirado descripciones humorísticas. Lo curioso es que las más hilarantes evocaciones del comportamiento entomomaniaco vienen de nuestros propios colegas. Los síntomas de esta aserción son los personajes burlescos y títeres tragicómicos -reflejos nuestros- a los que Antonio Melic da vida en cada entrega de este boletín.

Los entomólogos del siglo pasado también sabían reírse de sí mismos. Hé aquí un sabroso ejemplo de literatura humorístico-entomológica, debido a la pluma alerta de Léon Dufour (1780-1865), un sabio a la moda antigua que ejerció durante toda su vida la profesión de médico en su ciudad natal de Saint-Sever (Landes). Fue un naturalista completo: autor de 228 trabajos dedicados a los insectos, publicó un número no menos impresionante de artículos sobre botánica, geología, meteorología, agricultura y medicina. Es uno de los fundadores de la anatomía comparada y de la fisiología de los artrópodos, y precursor de la etología y de la ecología de los insectos<sup>1</sup>.

Con tres amigos, todos distinguidos entomólogos, Aubé, Perris y Laboulbène, emprende en mayo de 1853 -tiene entonces 73 años- una excursión entomológica a los bosques y pantanos de las Landas de Gascuña. El vívido relato del viaje se publica en Burdeos el año siguiente, bajo el título: *Excursion entomologique aux dunes de Biscarrosse et d'Arcachon, avec indication de quelques manoeuvres insecteptoologiques, et réflexions*, par M. le Dr. Léon Dufour, Correspondant des Académies des Sciences de Paris, Stockholm, Madrid, de la Société Linnéenne de Bordeaux, etc. A Bordeaux, chez Th. Lafarge, 1854, 40 pp.

Extraemos y traducimos al castellano tres párrafos que darán idea del estilo del autor. ¡Felices tiempos en que no era considerado una deshonrosa barbaridad el hecho de colocar un entremés humorístico entre dos descripciones de especies nuevas redactadas en latín!

Sábado, 28 de mayo de 1853: Salimos a las cinco de la mañana, cada uno con sus pertrechos de caza científica: redes, hacheta, pinzas, alfileres, navaja, cajitas con serrín para sepulcros anestésicos, frascos con tiritas de papel rizado, manteles de percal, frascos de éter, cucuruchos de papel apilados, lupa, paraguas, cuaderno... ¡y qué se yo! (*Comienza la caza y nuestros cuatro amigos entran en un bosque...*).

Allí estaba un gran tronco de roble caído, ofreciendo a nuestras miradas codiciosas el magnífico espectáculo de sus entrañas podridas. En viéndolo, nos abalanzamos sobre él, tal que gallináceos hambrientos disputándose una fácil presa. Jamás se ha visto tanto ardor en la visita domiciliar de una población de lignívoros y parásitos. Descortezamos, desgarramos, despedazamos el dichoso tronco. Las exclamaciones más sonoras resonaban en todo el bosque a la vista de los habitantes quercícolos que devorábamos con la mirada y bautizábamos en voz alta en el nombre de la ciencia (*Sigue la enumeración de las especies*).

Un rústico Landés, atraído por este incomprensible e inaudito espectáculo, armándose de todo su valor, se acercó a nosotros para hacerse testigo presencial de nuestras misteriosas maniobras. Al ver su aire perplejo, su mudo asombro, su estupefacción, era fácil adivinar que nos creía locos en pleno paroxismo de una exaltación monomaniaca (reconozco que tenía muchas excusas). Pero impulsado por la potente atracción de la novedad y de la imitación,

no escapó a la especie de magnetismo que nos ataba al tronco, y pronto nos asistió con sus ojos de lince y su nervudo brazo. Enseguida lo alistamos en nuestra caravana exploradora; lo puse a mi servicio personal, adoptándolo como sustituto ocular de mis antiguos ojos.

(Al final de la jornada, los exploradores llegan a las dunas).

Después de una hora de investigaciones infructuosas, oigo en la lejanía fuertes clamores. Me acerco y veo a mis compañeros en una postura de pronación horizontal alrededor de (¿debo decirlo?) una aglomeración de cagajones de caballo muy secos, despedazándolos y triturándolos entre sus dedos encima de un pañuelo.

-¿Qué hay de nuevo? -exclamé- ¿qué tesoro descubristeis?

-Aprende -contestó Laboulbène- que Aubé ha tenido la insigne felicidad de exhumar de esta preciosa mina un individuo de *Xyletinus rufithorax*, una de las siete maravillas del mundo entomológico. Lo necesitamos a toda costa y mientras el cielo nos conceda un rayo de luz, estamos decididos a pulverizar todos los cagajones de la comarca.

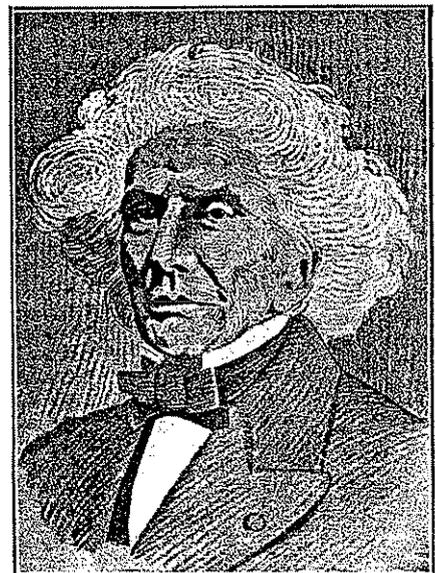
Al oír este manifiesto, publicado con la más profunda convicción, me eché boca abajo, como los demás, delante de todas las viejas deposiciones equinas que se ofrecieron a mi ambiciosa mirada. Pedí ayuda a mi sustituto ocular indígena. Por milésima vez, fue comprobado que *labor omnia vincit improbus*. En efecto, a fuerza de arrodillarnos, prosternarnos y fijar nuestras miradas en la mina estercórea, acabamos cogiendo, entre todos, una treintena de esta maravilla entomológica.

Post scriptum: Léon Dufour podría haber dejado malos recuerdos en España, ya que durante seis años, de 1808 a 1814, siguió en calidad de médico ordinario al estado mayor del tercer ejército francés, por Madrid, Aragón, Navarra, Valencia y Cataluña sucesivamente. Pero la motivación de su alistamiento no fue nada belicosa: buscaba la oportunidad de estudiar la historia natural del país vecino. Entabló amistad con varios botánicos madrileños, entre otros Lagasca, Ruiz y Pavón, y trató siempre de escaparse de sus deberes militares para recoger insectos y plantas. Así, un día que viajaba con una pequeña escolta a la villa de Mequinenza, oyó las estridulaciones de una especie desconocida de grillo. Hizo parar su escolta y corrió al monte, prometiendo una recompensa al primer soldado que le trajera uno de los codiciados ortópteros...

En 1854, cuarenta y seis años después de la guerra, volverá a Madrid, invitado por su viejo amigo Graells. Publicará a su regreso un interesante relato, en el cual compara las impresiones de sus dos viajes: 'Madrid en 1808 et Madrid en 1854. Excursion dans les Castilles et les montagnes de Guadarrama'. *Actes de la Société linnéenne de Bordeaux*, 21, 1856, p. 115-151.

### Nota:

<sup>1</sup> Existe una buena biografía de Léon Dufour: P. Duris y E. Diaz, *Petite histoire naturelle. Léon Dufour (1780-1865)*. Presses Universitaires de Bordeaux, 1987.



Léon DUFOUR

1780-1865

France